

# VISIÓN | doble

REVISTA DE CRÍTICA E HISTORIA DEL ARTE

**Título:** Richard Pagán: el hombre que llueve  
**Title:** Richard Pagán: The Man Who Rains

**Autor / Author:** Emmanuel Torres Pérez  
Artista Independiente

**Resumen:** Los artistas Emanuel Torres Pérez y Alexandra Santos se embarcan en un viaje que les conduce a un revelador descubrimiento: los últimos años de vida del creador puertorriqueño Richard Pagán en el municipio italiano de Montichiari. Allí, ambos artistas componen un rompecabezas que les conduce a Pagán a través de su casa, de sus obras, de sus catálogos, de sus amigos y de una familia artística.

**Abstract:** Artists Emanuel Torres Pérez and Alexandra Santos get involved on a journey that leads them to a revealing discovery: the last years of Richard Pagán's life, a Puerto Rican artist, like them, in the Italian municipality of Montichiari. There, both artists solve a puzzle that leads them to Pagán through his house, his artworks, his catalogs, his friends and his artistic family.

**Palabras clave:** Richard Pagán, Pintura, Rafael Trelles, Italia, Emanuel Torres, Alexandra Santos, Emmanuel Torres Pérez

**Keywords:** Richard Pagán, Painting, Rafael Trelles, Italia, Emanuel Torres, Alexandra Santos, Emmanuel Torres Pérez

**Sección:** Ensayos / **Section:** Essays

**Publicación:** 15 de mayo de 2016

**Cita recomendada:** Torres Pérez, Emmanuel. "Richard Pagán: el hombre que llueve", *Visión Doble: Revista de Crítica e Historia del Arte*, 15 de mayo de 2016, [humanidades.uprrp.edu/visiondoble](http://humanidades.uprrp.edu/visiondoble)

**Visión Doble: Revista de Crítica e Historia del Arte**  
Programa de Historia del Arte, Facultad de Humanidades  
Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras  
13 Ave. Universidad Ste. 1301  
San Juan, Puerto Rico 00925-2533

+1 (787) 764-0000, extensión 89596  
[vision.doble@upr.edu](mailto:vision.doble@upr.edu)  
<http://humanidades.uprrp.edu/visiondoble>  
<https://revistas.upr.edu>



## *Richard Pagán: el hombre que llueve*

Emanuel Torres Pérez

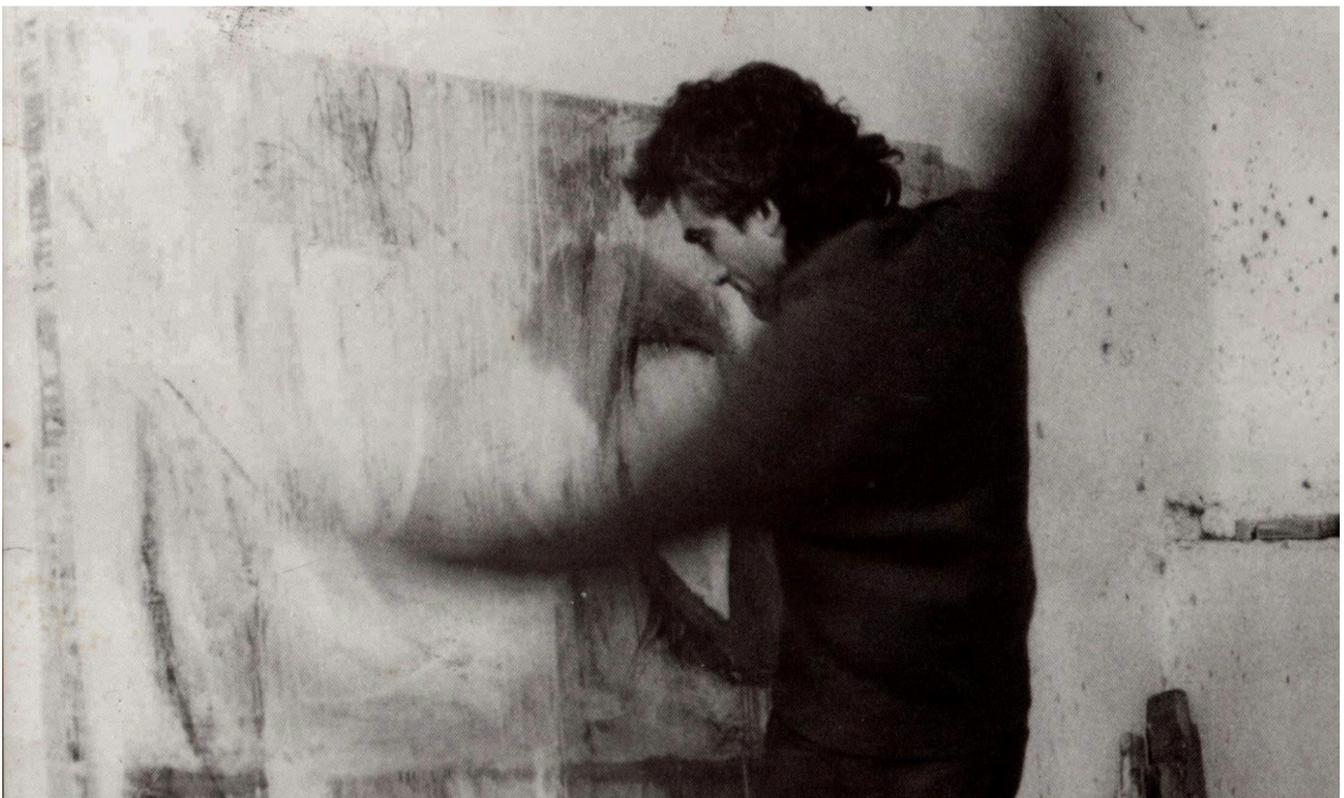
Artista Independiente

minado toda mi obra es este anhelo de vida, este sentimiento de exclusión, que no disminuye, sino que aumenta el amor a la vida.

—Pier Paolo Pasolini

La grandeza del arte no es objetiva, concreta ni verbalizable.

—El libro de los libros



Richard Pagán

## Primera parte:

Si mal no recuerdo, fue en 2012 el año en que, haciendo una visita al taller de Rafael Trelles, me enteré de la existencia de un artista puertorriqueño llamado Richard Pagán. En una ocasión posterior, Rafi me comentó que el Museo de Arte Contemporáneo estaba coordinando una retrospectiva sobre su obra, la cual abrió a finales de ese mismo año. De este modo, tuve finalmente la revelación de sus pinturas frente a mí. Recuerdo perfectamente la fuerza del color, la acumulación de capas que daban una aguada densidad a las formas; un poco a lo Diebenkorn, un poco a lo Matisse, con destellos de Monet y de Carmelo Fontánez, quien había sido su maestro.

Tras el impacto de la sinceridad y la forma de trabajar de Richard Pagán, y con la infinita e indetenible influencia del destino, terminé pasando una temporada en Milán (Italia), ya que mi compañera, la artista Alexandra Santos, decidió comenzar allí sus estudios en diseño. Ojeando el mapa de la ciudad, nos percatamos de cuán cerca se encuentra el pequeño pueblo de Montichiari —en donde Pagán pasó una temporada (su última temporada) en los ochenta. Rápidamente, hicimos un bulto y, con la información que encontramos en la web, nos fuimos a buscar el lugar y las personas que él conoció en aquellos años, para, de alguna manera, reconstruir el instante de vida que este artista puertorriqueño pasó en dicho pueblito. En términos generales, dejamos que la intriga fluyera y nos guiara en una investigación improvisada que no tenía objetivos científicos mayores.

Montichiari es una comuna italiana de la provincia de Brescia, región de Lombardía, con una población de 22,450 habitantes. Para nosotros, el pueblo resultó ser increíblemente hermoso, antiguo y noble. Sus habitantes, que se conocen entre sí, se percataron rápidamente de que éramos extranjeros y, amablemente, nos ayudaron en nuestra búsqueda.

El primer día: nada. Es decir, que preguntando entre los bares y las calles, descubrimos que las personas conocían la historia del “Pittore portoricano che morì nel mulino” [el pintor puertorriqueño que murió en el molino], pero por pedazos, pues no podían brindarnos datos exactos, como cuál de los molinos del pueblo fue su taller.

La noche llegó y con ella el frío. Nos refugiamos en el hostel.

El próximo día salió el sol y pudimos conocer la dueña del Hostel, quien, además de ser profesora de alemán, recordaba la historia “Pittore portoricano” y podía identificar el molino que habitó hace varias décadas. Nos dio la dirección del lugar, así como la información de un escritor vecino del molino, quien posiblemente conocería más detalles.

Finalmente, llegamos al lugar que habíamos estado buscando, como pudimos confirmar al compararlo con el vídeo que habíamos encontramos en la web. Teníamos frente a nosotros el molino en donde Richard Pagán realizó obras como *L'uomo che piove* y *Los bañistas*, dos pinturas geniales e históricas. El molino está cerrado debido a reparaciones de conservación

histórica, aunque también ha estado en desuso desde los años en los que Pagán lo habitó. De este modo, no pudimos entrar, pero asomándonos por las ventanas comprobamos, una vez más, que habíamos dado con el espacio que buscábamos.

Nos faltaba, entonces, encontrar al escritor que pudo haber sido amigo de Richard, para que nos contara alguna anécdota sobre su estancia en su pueblo. Fuimos a un bar y preguntamos por Aldo Busi, a quien yo jamás yo había leído ni escuchado mencionar. Naturalmente, todos en el pueblo lo conocían y rápidamente nos indicaron cuál era su casa. Sin embargo, nos advirtieron sobre su personalidad “excéntrica”, no garantizándonos que fuera a recibirnos.

Compartimos la caminata con una chica que decidió llevarnos. Al llegar nos topamos con un hermoso pórtico antiguo, muy italiano, hecho en piedra. Tocamos al citófono y, después de algunos largos segundos, el escritor contestó:

— ¿Sí...?

— Ciao, hay unos artistas puertorriqueños que quieren conocerlo.

— Ok, adelante.

De este modo entramos a la casa de Aldo Busi y no es hasta entonces que nos damos cuenta de la dimensión histórica de este personaje. Su hogar es un verdadero museo. Entre libros y obras, pinturas y esculturas, la casa podía ser una gran instalación de la transvanguardia italiana. Varias acuarelas de Francesco Clemente, entre ellas un retrato del mismo Busi. Muchas obras de Enzo Cucchi, de Sandro Chia. También algún retrato que Schnabel hiciera de Busi... En pocas palabras, Richard Pagán nos había llevado a tener la trascendente experiencia de relacionarnos con una época de libertad en la plástica italiana contemporánea. Tal vez es eso lo que carga la obra de Pagán: la fuerza de la libertad del gesto de una época que nunca termina, resuelta en las correntías de pintura que bajan de sus lienzos. Quizás es eso la movilidad, el correr, salir a buscar, destinar los sentidos, que llueva el pecho hacia abajo, como en su pintura *El hombre que llueve*.

Sin embargo, este no es el fin de la historia de nuestra búsqueda. Todavía faltaba conocer a otros personajes que estuvieron con Pagán en Montichiari y repasar algunas de las obras que se quedaron en este pueblito italiano.

## Segunda parte: El nuevo inicio del final

Comenzar con una pregunta me parece el mejor modo de acercarme a una búsqueda que continúa. La pregunta, en todo caso, sería: ¿Cuál es la razón de nuestro paso por la vida? O también ¿cómo yo me hago un espacio en esta existencia? Ensayo una respuesta: convirtiéndome en nube y haciéndome agua que moja la tierra, como una fuente de gotas azules que moja desde lo profundo a los que me rodean, a los que me acompañan.

Así también las dudas existenciales se deshacen como agua en la manos cuando se experimenta lo yo que viví en Montichiari al ser recibido por los autodenominados “BOBOS”, el mismo grupo de personas que recibió sin recibir a Richard Pagán en el Montichiari de 1988. Podríamos definir como BOBOS a un grupo de personas que experimenta la vida sin condicionamientos, a poro abierto, a sentimiento puro, ignorando la bisutería de la vida compleja, tomando lo esencial, abriéndose, de ese modo, a las experiencias. Ellos incorporaron a Pagán a sus vidas cotidianas como un hermano a quien ellos llaman el puente conector. Richard: el portal de la libertad, el hombre que llueve su luz azul sobre su nueva familia montichiariana, ese hombre/poeta que se fue, pero que se quedó trascendentalmente para siempre en el azul chorreante de los bañistas de *Il mare*, ese azul poderoso que rodea la vida de todos en esta cúpula celeste.

Corría la mañana del 12 de diciembre. Tomamos el tren que conecta Milán con Montichiari en un trayecto de dos horas. A eso de las 12:30pm, llegamos al pequeño pueblo por segunda ocasión. A la salida del metro, en la estación Desenzano, esperaba un agradable señor, Giovanni, el mismo que una semana antes me había contactado intrigado por las fotos y el pequeño escrito que publiqué en la página de Facebook de Richard Pagán. Es precisamente a partir de ese escrito que surge la invitación para que regresemos. Nos saludamos calurosamente a pesar de ser desconocidos y del aire invernal que nos rodeaba y, rápidamente, subimos a su automóvil.

Diez o quince minutos más tarde llegamos a la casa de Ferdinando: una hermosa casa cuya entrada nos recibía con una obra de Pagán, una pieza de 1988, hecha en carbón y óleo azul sobre papel. Es una pieza gigante de una fuerza extraordinaria que Ferdinando tiene desde la primavera del año en que fue pintada. Ferdinando nos hablaba en un español lento, pero con mucha intensidad, sobre la obra. Definitivamente embelesado, no lograba escucharlo bien, aunque regresé a la conversación cuando nos comentó sobre la frescura que siente al verla. Sí, dije yo, parece que se hizo ayer. Tiene una fuerza increíble y, sobre todo, una gran libertad. Añado que siento que es así porque las obras hechas por seres o intenciones trascendentes resultan siempre nuevas, recién nacidas, como el “petrichor” de un domingo en la mañana. Bailan con el tiempo, juegan con él. El tiempo nunca las puede aplastar o gastar, sólo las enriquece.

Giovanni y Ferdinando nos contaron lo divertido que era ver a Richard pintar. Nos dijeron que si lo perdían de vista por un momento, al voltear la obra ya había cambiado por completo. Era rápido, pintaba muy concentrado, ágilmente.

Pero esta parada en la casa de Ferdinando fue una momentánea, pues la misma supuso el comienzo de la ruta turística en el Montichiari de los BOBOS: el sitio en donde Pagán creó una serie de obras que, en mi opinión, definen la fuerte identidad de un pintor en proceso de madurez que dialoga directamente con el movimiento de la transvanguardia italiana y otras corrientes, como el “Bad painting” de New York. Es fácil apreciar la fuerza y la profundidad en la búsqueda de Pagán al ver sus lienzos en persona. El color, la insistencia en crear cuerpo con capas... Es una pintura rápida que se va construyendo lentamente, cocinándose como manjar. Es una pintura portal del espíritu, el camino hacia la luz venidera de la libertad de un alma libre.

Richard conocía la historia del arte, conocía la pintura. Podemos ponerlo frente a frente con grandes de la pintura nacional e internacional como Rosado del Valle, Arnaldo Roche, Rafael Trelles, Carmelo Fontánez, y también con Sandro Chia, Enzo Cucchi, Mimmo Paladino, entre otros italianos. Pienso también en Julian Schnabel, Francesco Clemente o Richard Diebenkorn. Sabía, sin saber, hacia dónde se dirigía, como casi todo artista. Sabía lo que buscaba y lo podía repetir con voluntad, pero sobre todo con la misma intensidad una y otra vez.



Richard Pagán dibujando en su molino/studio de Montichiari, Italia. Foto: Giovanni Madrigali.

Continuamos nuestra travesía en la casa de Giovanni, en donde conocimos a Anna, su esposa, otro miembro del grupo. Es una mujer de mirada profunda, de ojos almendrados y sonrisa dulce, siempre asertiva. Parecía que nos hubiera conocido de siempre. Parecía que nuestra llegada a ese hogar estaba prevista desde hace muchos años. La luz que emanaba de los ojos de estos seres era la de la complicidad de los hermanos, de los padres de los hijos pródigos. Era la luz que ilumina los rostros de la poesía. Sentí un calor dulce en mi estómago. Sentí, como pocas

veces me sucede, que debía estar allí, en ese momento, a esa hora, con esas personas.

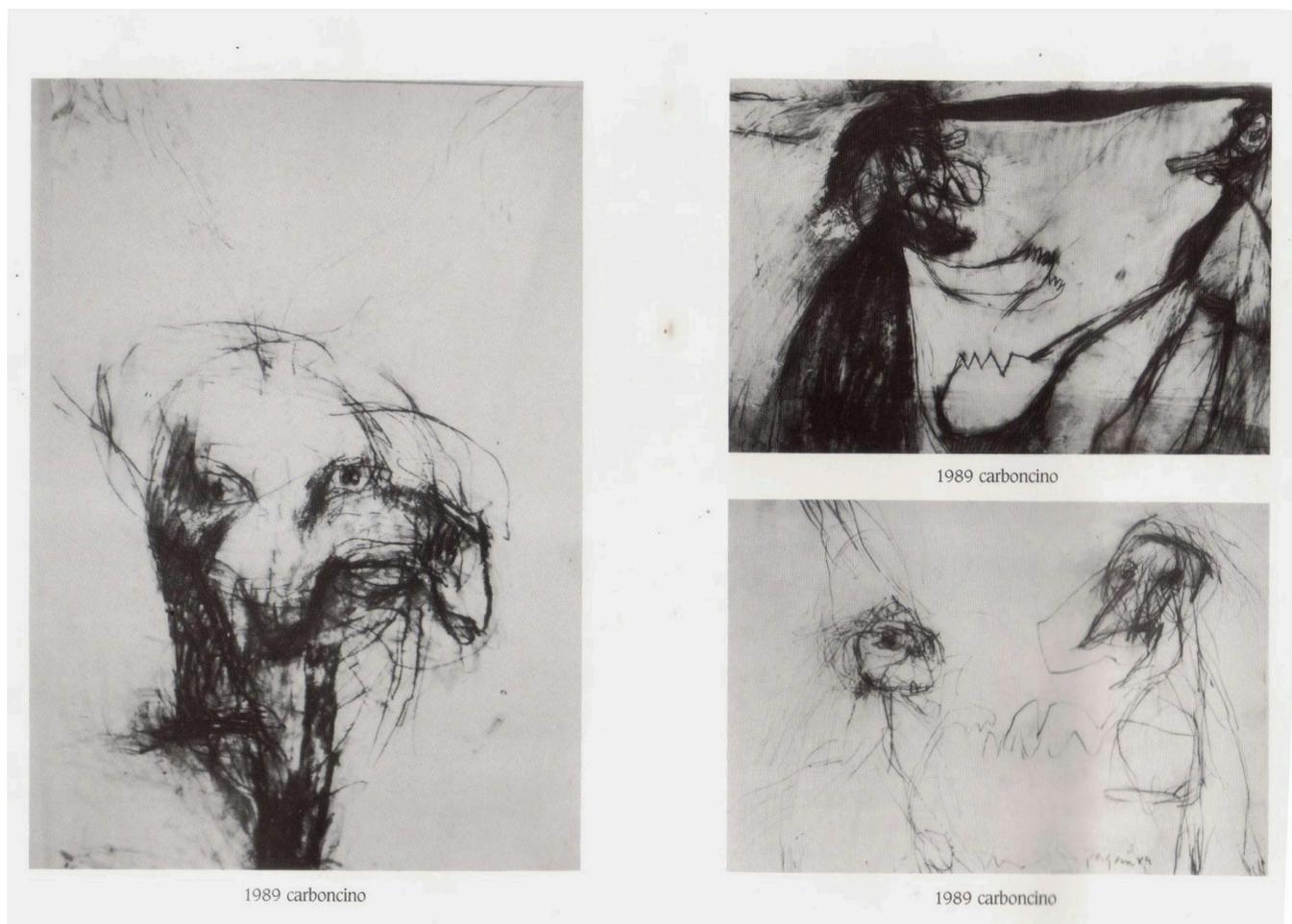
Nos sentamos en la mesa para el almuerzo, y así comenzó la conversación y florecieron los recuerdos. Nos contaron sobre el surgimiento y el significado de los BOBOS. Asimismo, flotaron las anécdotas, llenando de parchos mi mente sedienta que siempre busca comprender todo lo que me rodea. En los rostros de Giovanni y de Anna desaparecieron los años, y los vi de nuevo jóvenes, de vuelta en el 1988. Se miraban y decían: “Ricky era como un marciano. Andaba en bicicleta para todas partes por el pueblo. Y a todos nos impresionó mucho. Era oscuro y se vestía con ropa de mecánico, con un mameluco azul. El representaba, en cuerpo y en acciones, lo que nosotros entendíamos que era ser libre”.

La conversación transcurría con la fluidez de las gotas de óleo en las pinturas de Pagán. Nos contaron de un viaje que hicieron por gran parte de Italia con Pagán, nos contaron sobre cuando pintó *Il Mare* en la casa de campo de los padres de Anna, donde había una piscina que fue la inspiración para los *Nadadores*. Nos mostraron fotos, porque, junto con las anécdotas, los amigos conservan cajas de fotos tomadas por Giovanni, quien también es músico, según me dijo, y para aquel entonces estaba irracionalmente obsesionado con la cámara de vídeo. Cuenta, por lo tanto, con un arsenal de vídeos de un viaje que hicieron los BOBOS en 1988 a las montañas, para esquiar. Asimismo, Giovanni nos contó que hizo vídeos con Ricky porque, según él: “Ricky nos permitía libertad y deseos de crear. Había algo en él que te daba ganas de experimentar la vida, ganas de vivir. Tenía como una magia, era un como imán para la imaginación”. Todo esto se desarrollaba en el contexto de una Italia en donde, según los BOBOS, aún siente cierta nostalgia por el fascismo, que aún carga con orgullo una época enferma porque trajo consigo el “desarrollo”. Si eso sucediera hoy, podría imaginarme a la Italia del 1988, sobre todo en un pueblo rural como Montichiari. Es decir, Richard Pagán representaba, en palabras de los BOBOS, todo lo opuesto a lo permitido, sin ni siquiera proponérselo.



Richard Pagán, *L'uomo*, 1988. Óleo sobre lienzo. En la entrada de la casa de Anna y Giovanni nos recibe esta obra. Fue la primera obra adquirida por Giovanni a la llegada de Richard a Montichiari, a la vez que una de las primeras obras realizadas por Richard en Montichiari, con una contenida y evidente figuración. Está conectada con el trabajo que venía realizando años anteriores.

Terminado el almuerzo, y de la mano de Anna, continuamos nuestra visita guiada por el Montichiari que Pagán había construido, y que ahora cuelga con el más profundo amor de hermano o hermana en las paredes de las casas de sus amigos de la época. El recorrido prosiguió en la misma casa de Giovanni y Anna, con pinturas de la primera temporada del pintor en Italia, y otras de continuidad, que demuestran el desarrollo intenso que Pagán logró en pocos meses. Sobre todo, sus dibujos de 1988 demuestran la insaciable búsqueda del pintor. Bocetos en carbón, grafito, dibujos como obras terminadas, manchas de color, manchas de la suciedad del piso del molino, historia de momentos vividos, cargas personales y poéticas. Escritos sobre papeles dibujados, raspaduras, agujeros, en fin, toda una biblioteca de gestos que buscaban una sola cosa: llegar a lo genuino, a lo puro, a la nada. La carga emocional que se respira en sus obras es increíble.



Richard Pagán, *Catálogo Opere*, 1988-1989. Foto: Giovanni Madrigali.

Como artista y, en este caso también, como admirador y cómplice de un evento pasado y rebuscador del mismo, estoy sórdidamente lleno del vacío de las formas que Pagán buscó hace casi treinta años, siendo un artista de mi misma edad, proveniente de mi isla caribeña. Sentí

un reflejo de espejo en mis ojos al mirar estas obras. Sentí mis ojos Buñuel picados y abiertos, como los de “un chien andalou”, por la línea cortante y gestual de Pagán para entrar en el más allá del bien y del mal, hacia la destrucción de lo total y de lo absoluto. Recibí un golpe inesperado en el estómago, como cual Gregorio que se despierta una mañana y se ve convertido en un horroroso insecto, y ve su vientre oscuro y convexo, surcado por curvas y callosidades, al ver un dibujo en carbón, tinta china y grafito que podemos llamar *Orco Cane*.

El loboperro estaba ahí, un personaje tan explorado, un ser tan mítico y tan poco evolucionado. Es el animal que Hesse utilizó para describir su acercamiento a la esencia de los seres que buscan libertad, el animal que he intentado representar en mi obra pictórica infinitas veces, relacionándolo con los niños, con los autorretratos, con los objetos, con todo. Es decir, que hace treinta años, un artista puertorriqueño de aproximadamente mi misma edad estaba explorando las mismas búsquedas simbólicas y poéticas que yo exploro hoy.



Richard Pagán, *Orco Cane*, s.f.

¿Cuál es la búsqueda que tenemos en común? Son muchas las preguntas que surgieron de mi visita a Montichiari, preguntas que nunca contestaré y que tampoco pretendo contestar, pero que, sin duda, refuerzan algo que siempre he pensado: que la poesía es lo trascendental y que el tiempo no existe, que lo material es un rastro de lo que en algún momento será el gran encuentro de la idea que anida esa gran nube de formas de la cual todos los seres humanos nos nutrimos. Es ella la que nos ha mantenido sucediendo desde los inicios de la evolución, y la que nos seguirá nutriendo mientras la conciencia del ser humano se mantenga siendo la base o núcleo de nuestras acciones en la vida.

\*

Una piedra, una mano y un palillo de madera. Escarbar la piedra a pedacitos, con la intensidad y la delicadeza de una semilla que será flor a través de la tierra. Encontrar dentro de esa piedra cualquiera, piedra tal o cual, un universo desconocido con seres que viven la condición humana con la piel expuesta. Eso son los BOBOs; eso es el Calandrino de Bocaccio. Eso fue lo que vi, eso viví.



Emanuel Torres en Montichiari, 2015. Foto por Alexandra Santos.

Junto a Anna, nos montamos en el automóvil y llegamos a una casa en el centro del pueblo antiguo. Una enérgica mujer nos recibió: Quizás María era su nombre. Al entrar nos encontramos frente a otro momento irrepetible y profundo: una obra que podríamos titular *Lloran esas lágrimas tan negras como esos agujeros negros en las sombras* por el escrito que contiene.

A la izquierda, un volador que nos recuerda a Matisse, con una especie de mancha azul y carbón que parece luz y que ilumina a los pequeños seres dentro de los huecos. [¿Aparecieron?]. Parecían tumbas, hoyos en la tierra flotante en donde duermen dulcemente algunos seres. Me intriga uno muy particular, el que aparece en la parte baja de la composición. El de tamaño intermedio y de un fuerte azul claro. Este yace acostado, más profundo que los demás

De modo completamente especulativo, exclamo para mis adentros: ¡Qué aire tan premonitorio contienen las obras de Pagán! Si los seres de sus obras no vuelan, tienen que estar en el agua o enterrados. Conociendo ahora el trágico fin de su vida, sabemos bien que el agua es fundamental.



Richard Pagán, Dibujo preparatorio para *L'omo che piove*, 1988.



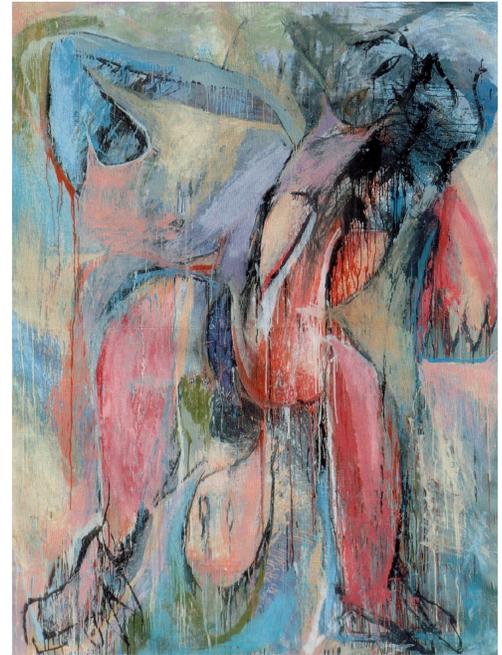
Richard Pagán, *L'oumo che piove*, 1988.

Recuerdo a Cecilio Colón, durante un recorrido guiado de la retrospectiva de Pagán en el Museo de Arte Contemporáneo de Puerto Rico. Me indicó que tenía piel de gallina y dijo: “Parece que él sabía lo que le iba a pasar. Mira, Emanuel, esos personajes parecen que están velando un muerto”.

De vuelta a Montichiari nos sorprendió con otra joya muy significativa para mí: un boceto en carbón sobre papel de aproximadamente 8.5” x 11”: *L'uomo che piove*. Por lo visto, Pagán fue un artista muy prolífico. Sin embargo, no creo que haya sido un artista muy planificador. Es decir, no vimos muchos bocetos preparatorios, o específicos, de sus obras. Generalmente, y según nos contaron sus amigos de Montichiari, las obras cambiaban constantemente; era la acumulación de capas sobre capas lo que satisfacía al artista en el momento de crear. Cambiar y progresar la obra en el proceso. En cambio, de *L'uomo che piove* existe un boceto en papel y carbón, un estudio en óleo sobre tela, el cual se expuso en la retrospectiva del MAC, y la obra final que habita en Montichiari, la cual pudimos ver después de un té. Nos despedimos de María y las luces en la calle se iban encendiendo.

La tarde estaba sumergida en la neblina y el frío aumentaba mientras nosotros llamábamos a un pórtico. Esperamos. Vimos movimiento dentro de la casa. Las luces se encendieron y de la puerta salió un hombre sonriendo. Gianaugusto nos hizo pasar rápidamente, mientras la noche caía con inmediatez. Ya dentro de la casa, sentimos su cálido confort, esa sensación de que llegas a un lugar en donde te esperan.

Nos recibieron dos dibujos y un guache de Pagán. Eran como casi todo lo que había hecho en el periodo antes de *Il mare*: fuerte, rasgante y lírico a la vez. Cuánto placer de hacerse notar en ese gesto tan personal. Sin perder su sonrisa, Gianni nos confiesa que fue él quién descubrió mi escrito sobre la visita inicial al molino, en la página de facebook del artista. Me dijo que, mientras leía el escrito, vió mi foto de perfil de Facebook y, por un momento, le cruzó por la mente la idea de que yo era un hijo de Pagán del que ellos nunca supieron.



Richard Pagán, *Maternitá*, 1988.

Al adentrarnos en la sala, descubro muchos objetos que me llamaban la atención. Flotaba, en el fondo blanco, uno de los principales motores de toda esta “piccola ricerca”: “L’uomo che piove”. Esta pintura es hermosa en sus chorreos azules y pesada en sus blancos. El silencio invadió aquel espacio. Todos sabíamos que estábamos frente a algo profundamente especial. Alexandra y yo nos miramos con complicidad, pensando en tantas cosas que luego no sabríamos convertir en palabras. Fue para mí una revelación esperada. La emoción golpeaba mis pies. Me acerqué al óleo y miré, descifrando lo ya que sabía.

Las obras de Pagán no cargan trazos fantasmales, es decir, no poseen ningún ilusionismo. Lo que se ve es lo que hay. No podemos hablar de una pintura retiniana ni de trampantojos. No hay una idea de lo que puede ser. Es una pintura de imágenes en función de la gestualidad. Es una conversación honesta. Es el gesto en función de la forma, que, a su vez, poetiza la imagen. Es una narración desde el gesto que figura.

La emoción fue la misma que sentí cuando vi un Cy Twombly o un Soutine por primera vez: querer entender cómo, entre tanta materia, se construyen cosas tan simples y profundas, como lo han hecho tantos como Appel, Alechinsky o Auerbach. No sabría explicarlo, es un virtuosismo que depende de la honestidad y de la exploración. Por lo tanto, siempre resulta nuevo y refrescante.

Luego de algún tiempo mirando la obra, comenzamos a interrogar a Gianni, quien nos respondió con historias y anécdotas, rejuveneciendo instantáneamente, como todos los demás. Su temple augusto, como su nombre, se reflejaba en todo lo que contaba con suavidad y cercanía. Me explicó su lectura de la pintura. Me acercó a otros modos de verla. Me dijo que, en un día de

exploración con Ricky, encontraron unas tumbas abiertas y vacías en un terreno abandonado. Pensaron que las mismas debían datar del siglo XVII. Montichiari fue un espacio de encuentros bélicos, ya que era fácil divisar el enemigo a la distancia por la llanura del área.

Finalmente, en su narración, Gianaugusto llega a la tragedia, la muerte física y prematura del pintor. Gianagusto fue uno de los que encontró el cuerpo de Pagán en el molino. El cuerpo estaba como dormido en la bañera. Tuvo que llamar a la policía para reportar el incidente, así como hacer las gestiones necesarias. Gianni se quebró y no pudo continuar. Miré la obra y, así, el sórdido golpe me llegó al cuello.

*L'uomo che piove* es quizás una versión invertida y premonitoria del final de la vida física de Pagán, comenté, y Gianni estuvo de acuerdo. El agua, el alma/ser/hombre/espíritu flotante, la mancha negra, debajo, “amenazante”, como la describe Pagán en el estudio que se exhibió en el MAC.

“Estudio para hombre y esa forma que amenaza o esa forma que es como una nube y del hombre sale la lluvia”

Es en este punto donde tanto se conecta dónde se resume lo plástico del recorrido. Es en este punto que las obras de Pagán dejan de ser una colección de piezas de arte hermosas y ejecutadas por un excelente pintor. Es en este punto en que comprendo, junto con Alexandra, que la mayor obra de Pagán, como la de todo gran poeta, es impactar lo que le rodea.

[Es conseguir convertir ese entorno, y a los seres que lo habitan, en momentos de poesía cotidiana.

Es mirar con profundidad lo que le rodeaba. Es mirar la luz que se cuece debajo la piel. Es poner en dialogo el “spleen” y el “ideal”.

Es reconocer que amor no es la persona, si no lo que habita en ella:

Que un día todos seremos comidos por la carroña del tiempo.

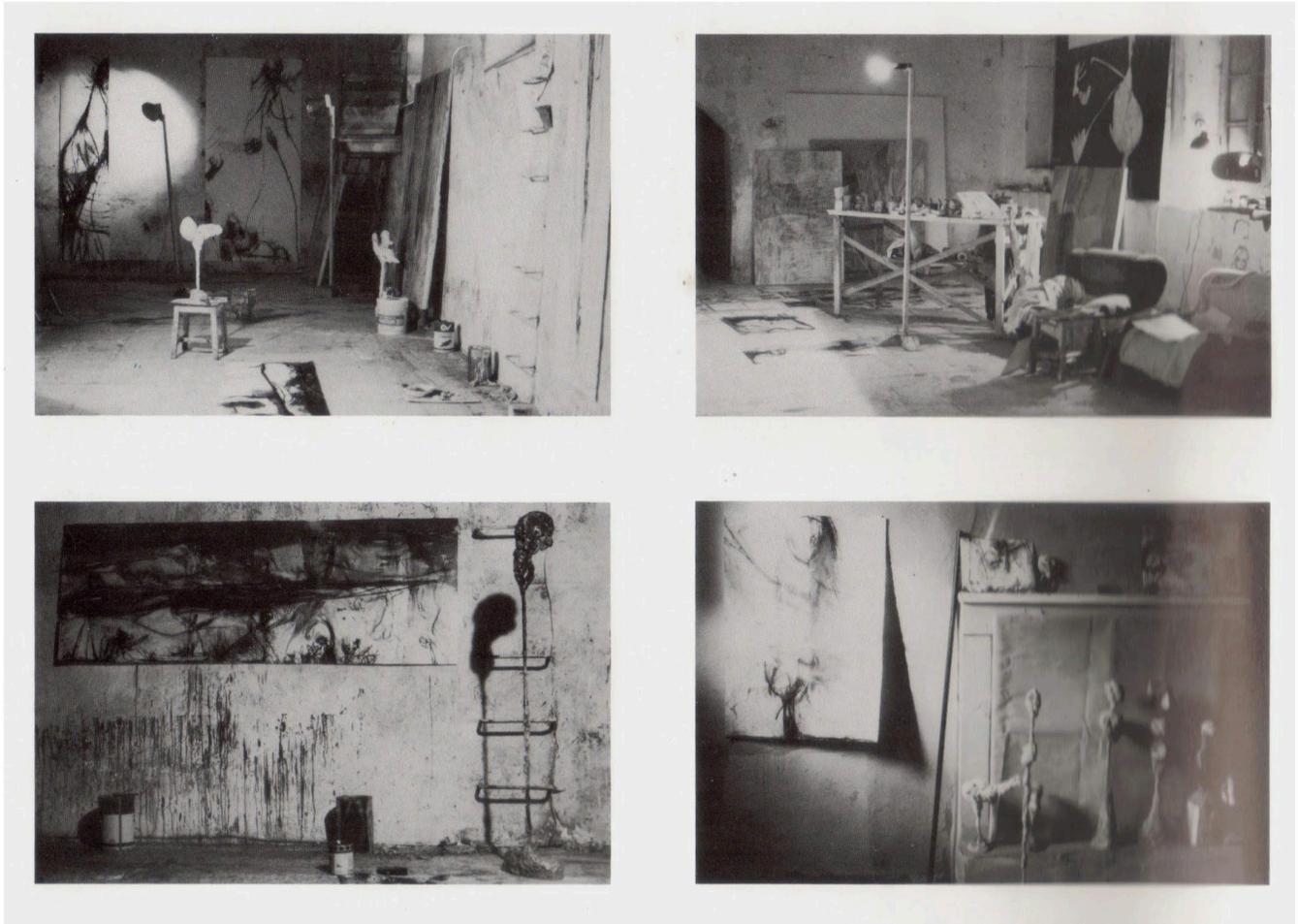
Que que la vida es esa acumulación de momentos.

Que ser artista es convertir esos breves espacios de silencio en algo significativo que dialoga con lo común, sin interrumpir el silencio mismo.

Que la obra de arte es sólo un vehículo.]

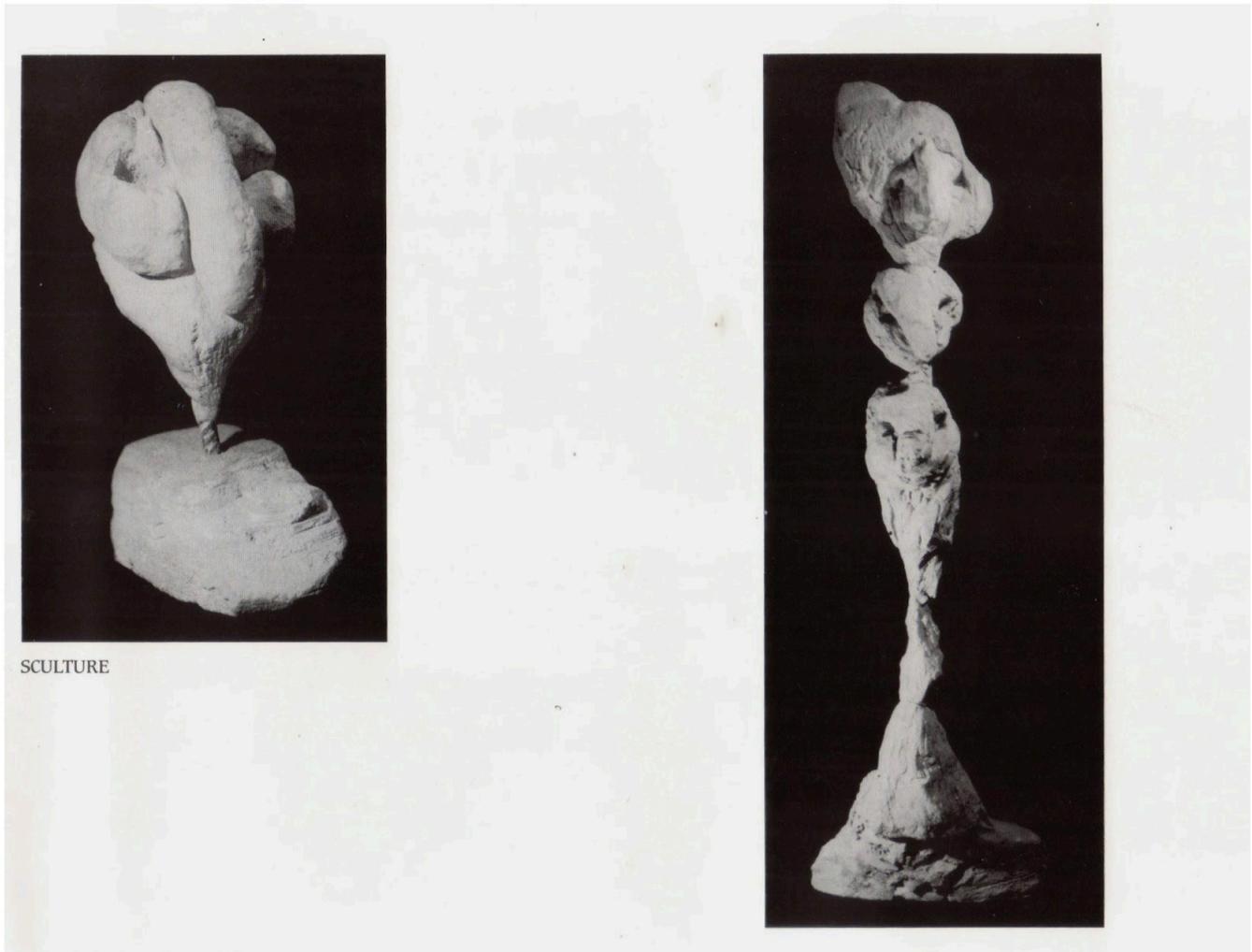
La noche ya nos arropaba, y con ella seguían fluyendo las conversaciones anecdóticas de la época de los BOBOS. De regreso a la casa de Anna y Giovanni, nos mostraron cientos de fotografías que mantenían sobre una pequeña mesa en la sala, cerca de la chimenea. Si bien nos encontrábamos en Montichiari en 2015, Giovanni había regresado al 1989 en la máquina del tiempo que supone la cámara fotográfica y su registro: las fotografías. Las fotos documentan las anécdotas: no fue un sueño lo que vivieron estos BOBOS del 1988. Las interminables sesiones fotográficas que Giovanni había realizado en el molino alimentan la teoría de que el taller/

casa/molino de Ricky era un espacio/portal de creación y aglomeración creativa, en donde la acción sucedía. Decenas de hermosas fotos en blanco y negro. Tantas otras a color. Eran un documento poético de una primavera de luces azules. Ese espacio y ese ser. “Il pittore del mulino” era tal vez un prisma.



Richard Pagán. Fotos por Giovanni Madrigali.

Salimos de la casa de Anna y Giovani para realizar nuestra última visita del día. Llegamos a la casa de Cristina y Antonio Rapaggi, lugar a donde, unas semanas atrás, habíamos llegado acompañados del escritor Aldo Busi, sin trascender del timbre de la puerta. En aquella ocasión, nadie respondió. Al parecer, no había nadie en la casa, o quizás estaba predispuesto que era en esta ocasión en la que debíamos entrar a ese lugar. De todos modos, la falta de respuesta nos dio la oportunidad de cenar y conocer a un personaje tan significativo en los últimos veinte o treinta años de la gestión artística de Italia y de la Europa contemporánea, un escritor al que muchos se refieren con adjetivos como grande y genial. No es para menos, Busi hizo la traducción al italiano de *Alicia en el país de las maravillas* y la transcripción al italiano moderno del *Decamerón* de Boccaccio, además de su obra personal.



Richard Pagán, esculturas en yeso y metal. Foto: Giovanni Madrigali.

Al entrar a la casa Rapaggi, descubrimos una gran biblioteca compuesta de textos tan diversos como libros de arte antiguo y catálogos de exhibiciones curadas o reseñadas por el mismo Rapaggi. Vale la pena destacar que Rapaggi, que es arquitecto, es quien entrevista a Richard Pagán en el video que Giovanni publicó en la web y que nosotros teníamos como única referencia para buscar el molino.

Cerca de la puerta de entrada, identifiqué dos cosas que fueron para mí de profunda importancia. La primera, y quizás la de mayor peso para mí como artista plástico, fue la última pintura de Pagán. La misma nos remite a lo que él había hecho desde su estancia en la ciudad de Nueva York: pegaba papel de periódico a la tela a modo de collage, pintaba con capas ligeras de óleo y raspantes veladuras en color crema y rosado. Con una línea gruesa y negra, intentaba encuadrar lo pintado, y desaparece comenzando en el lado inferior derecho hacia la izquierda del lienzo cuadrado. Esta pintura, completamente abstracta, me reveló mucho y nada a la misma vez. Es posible que se trate de una obra inconclusa que pretendía poblar con seres paganianos.

Sin embargo, tal y como se encontraba en la pared de esa casa, era una pieza completa y compleja, una pieza primaveral, de mucha sutileza, una pieza que intuitivamente propone que algo estaba pasando a través de la desaparición de la forma figurativa en la pintura de Pagán. Al mismo tiempo, sentí que la pintura era funcional, completa. Tuve la sensación de que la obra había sido resuelta. Era un portal bidimensional hacia una nueva etapa, muy distinta a la obra que Pagán hizo a principios del 88. Era sutil y bella, poseía un velo chorreante y conmovedor.

El otro objeto que captó mi atención fue una instantánea que preservaban enmarcada y que desenmarcaron para nosotros, en donde Richard posaba con varias de sus pinturas. Su rostro unicejo y de piel oscura tenía una mirada dulce y penetrante. De alguna manera, la foto de Pagán me confirmaba una vez más que presenciaba una historia preciosa, una historia que cuelga de las paredes en las casas de Montichiari. El tiempo me llevó a ese lugar para descubrirla. La foto fue tomada en 1989, en la casa de campo de sus amigos montichiarianos. La dulzura con la que se guarda esa foto me calmó el espíritu, porque, como mencioné anteriormente, la misma habla sobre la manera en que estas personas amaron y aceptaron a Pagán como un hermano. En mi cabeza sonaba el canto ceremonial de *Freaks*, de Tod Browning: “We accept her, we accept her. One of us, one of us. Goobagobble, goobagobble”.

La noche transcurrió entre infinitas preguntas que le hicimos a los BOBOS y sus respectivas respuestas, cada vez más ricas, más abundantes y también más personales. Florecieron posturas políticas y creencias personales sobre la sociedad italiana, europea y puertorriqueña. Como en las otras casas, estábamos sentados en un círculo de sillas, a modo de reunión informal, reconociendo siempre la presencia ausente de uno más que no estaba físicamente, a quien nunca conocí, con quien nunca hablé...

\*\*

Cuando ya no podíamos contener el hambre, fuimos a un restaurante a cenar. Tomamos un poco más de vino y nos relajamos. Hablamos de actualidades personales, del trabajo y del pescado servido en la mesa. Hablamos sobre el placer de comer, y de comer acompañados



Sin título, óleo sobre lienzo. Última obra realizada por Pagán.

de nuestros iguales. Entre otras anécdotas, nos contaron que Pagán fue vegetariano y que, en las comidas de grupo, siempre se le confeccionaba un plato especial, libre de carne, aunque él jamás fue exigente con lo que llegó a la mesa.

Al salir del restaurante y regresar a la casa, sentí el cansancio y la carga emocional de todo lo compartido, mirado y escuchado. Me sentía agotado, pero algo quizás la curiosidad me empujaba a continuar. Giovanni nos enseñó el estudio musical que tiene en el sótano de la casa. El mismo tiene luces rojas y las portadas de muchos discos pegadas en las paredes: Miles, Pink Floyd, Coltrane, etc. Había varias guitarras, entre ellas una Telecaster, uno de mis modelos favoritos. La tomé prestada y, con Giovanni en la batería, comenzamos un *jam session*. Los demás escuchaban, algunos miraban en silencio, otros hablaban entre sí. Tal vez hablaban de Pagán o de algún libro. Quizás todavía hablaban de la cena. Es decir, nos encontrábamos en una burbuja en donde podíamos compartir nuestros deseos y diferencias en una extraña sincronización hacia lo libre, hacia lo “haz lo que quieras que todo es permitido”, que todo, de aquí en adelante, es arte. Porque hablar de lo bello es crear poesía también.

Comencé a entender a los BOBOS de quienes Richard Pagán fue parte. A estas alturas, ya no eran anécdotas, sino un grupo de jóvenes, con opiniones diversas, que dialogaban sobre música, instrumentos, arte, dibujos y la vida cotidiana. Las edades desaparecieron, y los rostros de todos se iluminaron en honor de la razón que nos reunía. La razón era la poesía de un hombre, de un pintor puertorriqueño que logró conmover a seres de distintas generaciones y de distintos intereses. Esa noche, sin darnos cuenta, lo homenajeamos sin homenaje, pero con toda la disposición posible.

De modo escurridizo, Anna añadió a la noche una carpeta de papeles incompletos y marcados, obras que existen porque el tiempo así lo decidió. En esta carpeta había un libro de artistas que Pagán hizo, quizás a modo de ejercicio. Eran retazos de canvas, telas colgantes, amarradas en el lado izquierdo por tornillos. Los mismos estaban llenos de imágenes largas, azules, negras y blancas, las cuales acompañaban pequeños versos no siempre legibles. Richard solía escribir pequeños poemas en muchos de sus cuadros. Jugaba con la palabra, como en un ejercicio de escritura, pero también con la palabra como marca, como un trazo dibujado. Eso era este pequeño y rasgado libro de artista, una aglomeración de poemas con dibujos muy sueltos y levitantes, como casi todo lo que Pagán hizo entre la primavera de 1988 y 1989.

La noche concluía y el peso de todo lo recibido me cargaba el pecho. Estaba agotado, no podía más. Mis sentidos no captaban más información, aunque aún tenían sed. Comprendí tantas cosas esa noche. Alexandra y yo aprendimos mucho sobre arte. Después de dedicar años a construir cosas hermosas, cosas que nos ayudan a limar las asperezas del sucio de lo cotidiano, confirmamos desde las palabras de ella “que la obra de arte es sólo un vehículo” y que el artista que la crea es un ser del entremedio. Es ese puente que conecta a seres con distintas búsquedas, en un rumbo desigual pero coordinado. Como los latidos de los corazones de los transeúntes. Intermitente pero infinito. Nunca igual, pero siempre paralelo. Mis energías no dieron más y el lecho me atrapó entre sus sábanas.

La mañana siguiente, el timbre de la casa en donde alojamos sonó a eso de las nueve. Giovanni presionaba el botón. A duras penas lo escuchamos. Con cierta livianeza, nos salimos de la cama para darnos cuenta que afuera nos esperaban y que el recorrido continuaba hacía una fibra transformadora. Nos montamos en el auto y llegamos a la pastelería donde, unas semanas atrás, Aldo Busi nos había llevado a tomar café. Desayunamos rápidamente, pues había un largo camino por recorrer. El día avanzaba y la luz y las horas escaseaban. Richard nos esperaba en las paredes.



Richard Pagán, *Il Nuotatore*, 1988.

Llegamos a un inmenso lugar en el centro del pequeño pueblo de Montichiari. Era el taller de otro amigo del grupo, un arquitecto cuyo nombre se me escapa. Su estudio tenía una colección de muebles y objetos acumulados por años, todos del más alto diseño italiano del siglo XX. Durante los últimos diez o quince años, se ha dedicado a recolectarlos por toda Italia, comprando y restaurándolos. De manera casi mecánica, los mantenía organizados físicamente y en grandes catálogos con datos muy precisos que poblaban el espacio. Muy enfocado y emocionado, nos mencionaba que preparaba una exhibición para la Universidad Politécnica de Milano, una escuela muy prestigiosa enfocada en el diseño italiano.

Pronto me di cuenta de que no se trataba de un simple coleccionista de objetos de valor, sino de un hombre muy reconocido en su campo y muy bien dirigido a crear una cultura de conservación y de amor por lo que se ha creado, por lo que se tiene, otro apasionado, en fin, otro BOBO.

Coronando el poblado estudio de las sillas y objetos, divisé una hermosa pintura de Richard, ubicada en un lugar muy particular. Un nadador, rosado, con brazos en líneas rojas, una pintura suelta poblada de colores primaverales, posiblemente hecha en 1989, año en que su paleta dio un radical giro al rosado en honor a la luz que percibió en la primavera, las flores y perfumes del Montichiari de ese entonces. Era tan ligera, tan cálida, tan primaveralmente poética, tan la rosa de Rilke. Me perdí en la pintura.

Enseguida, Giovanni dirigió nuestra atención hacia cosas pertinentes para nuestra búsqueda. En sus manos tenía un cartapacio, el cual contenía, en papeles, cierta parte del esfuerzo póstumo para instalar un exposición. Esta carpeta estaba titulada exposición Richard Pagán.

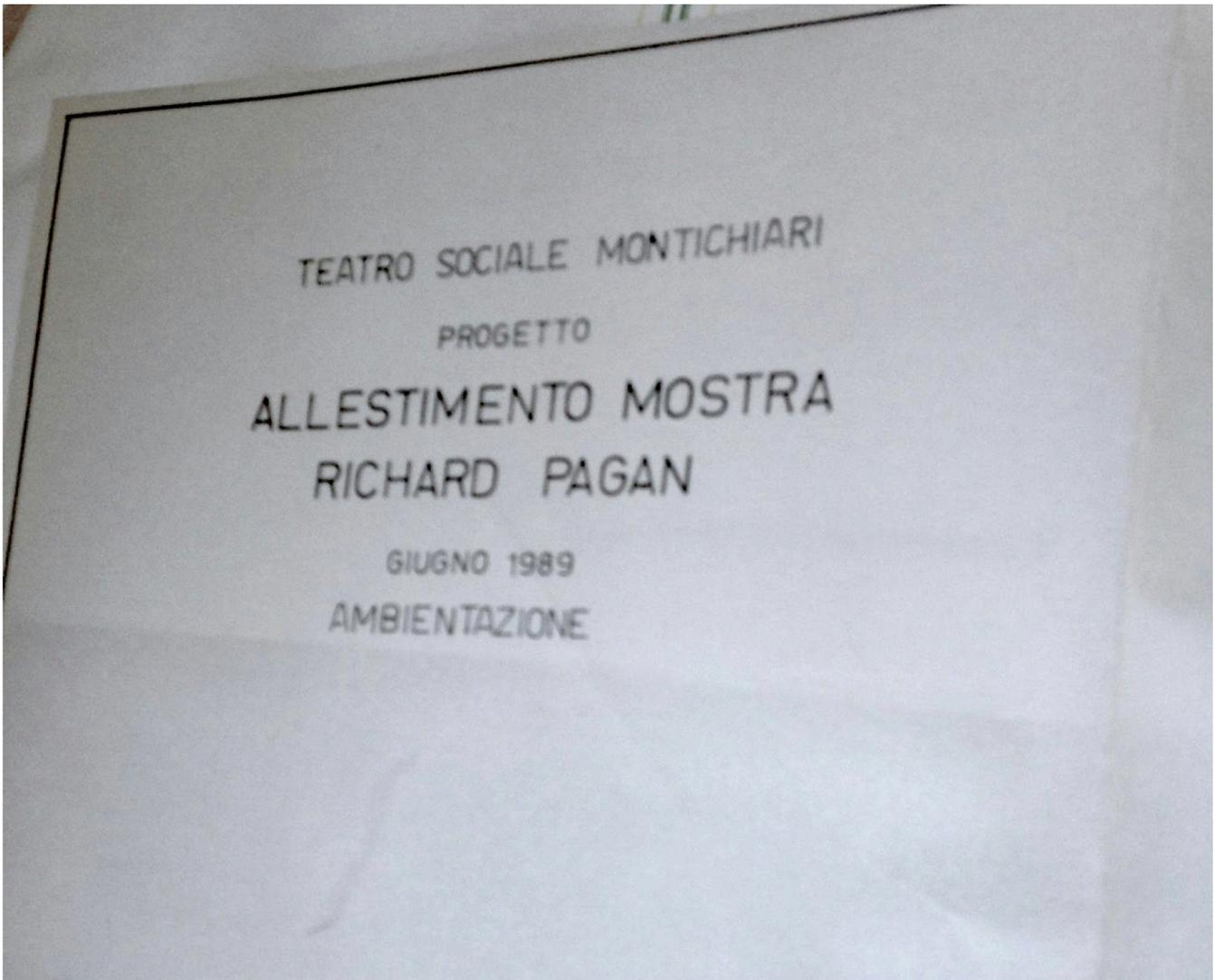


Foto de la portada de la carpeta curatorial de la Muestra de Richard en el Teatro de Montichiari, junio de 1989.

Entre su contenido, se encontraba el plano diseñado por los arquitectos, curadores, amigos y BOBOS para la muestra llamada “Richard Pagán. OPERE 1988-1989”. Además, había un recorte de periódico titulado “Per un amico RICHARD PAGAN”, el cual reseñaba la muestra, y documentaba los planos curatoriales, así como diversas anotaciones técnicas pertinentes al montaje.

Nuevamente, las lágrimas inundaron el espacio. Brotaban como guardadas para momentos inmencionables e imprevistos. Era inesperado hablar de algo tan profundo con alguien tan aleatorio, en cierto modo. Es decir, una pareja de artistas llega a tu pueblo, llega a tu casa, habla contigo y les confiesas, les muestras así, como en un regalo incalculable, uno de los momentos más hermosos de tu vida. Les muestras, como empujado por una fuerza que desconoces, un

sueño profundo que te pertenece a ti y a los que lo vivieron contigo, un recuerdo exclusivo que esa carpeta intenta recoger como migajas de una manera técnica y calculada. Las lágrimas son, en este caso, una mínima parte de la tormenta de recuerdos y emociones que se desatan dentro de ti. Una palmada en la espalda y una sonrisa nos permiten continuar.

Ciertamente quedaba mucho por ver entre videos, fotos y anécdotas que llenaron un año infinito para lo BOBOS. Pero, definitivamente, no había nada más que entender. Estaba claro: en la primavera de 1988, llegó a Montichiari un extraterrestre que se estableció en un molino para pintar sus mágicos poemas y que terminó creando un grupo de hermanos incondicionales y dispuestos a vivir su vida con la poesía que colectivamente construyeron entre ceja y ceja en una vida que continúa para todos, para los que pisan el suelo y para los que, como el "Hombre que llueve", van flotando.

Entrada la noche, regresamos a la casa base, la casa de Giovanni y Anna, a donde llegó un personaje de suma importancia para nuestra búsqueda. Era el arquitecto Antonio Rappaggi, un distinguido crítico de arte y teórico del arte italiano. Es él quien aparece junto con Pagán en el video de Giovanni. Flaco, alto, con grandes ojos claros. Nos saludó al entrar y se sentó. Encendió un cigarrillo y comenzamos a hablar. Le indiqué que soy un artista puertorriqueño y mis motivos para esta visita a Montichiari. Rappaggi se perdió. El reflejo del recuerdo de Richard iluminó sus ojos y hubo un pequeño silencio. Lentamente, y con una voz pesada, dijo que Richard era un pintor increíble. Mencionó que lo visitaba mucho: "Solíamos discutir sobre lo abstracto en su obra y sobre el hecho de que la obra debe moverse hacia la desaparición de la figura". Distanciado, pero con firmeza, Rappaggi prendió otro cigarrillo y dijo que para él, como para los demás, conocer a Pagán fue un acontecimiento iluminador.

De este modo, Rappaggi confirmó lo que habíamos visto y experimentado respecto a Pagán, cerrando el ciclo de la visita a Montichiari de manera muy simbólica, ya que él había sido la primera ficha del rompecabezas en esta búsqueda. Fue su rostro alargado y delgado haciendo preguntas en el vídeo lo que nos abrió puertas en la búsqueda. Ese rostro ahora envejecido completaba el círculo perfecto de una época que cambió el rumbo de muchas cosas en muchas vidas.

Llegábamos a nuestras últimas horas en Montichiari, cerca de las obras de Pagán realizadas allí para sus amigos. La hora de la despedida se acercaba y la realidad, junto con su destino, tocaba nuestra puerta. Nos tocaba volver a montarnos en la máquina del tiempo hacia el 2015, de vuelta a Milán. La hora de tomar el tren se acercaba y, con ella, la nostalgia de saber que un momento irrepetible y trascendente terminaba en el plano físico. Porque la memoria siempre trasciende. Los abrazos, las fotos, los agradecimientos, los obsequios, las miradas con complicidad amorosa, todo esto iniciaba para terminar un fin de semana de poemas escritos en el libro de la memoria. Un hasta luego cerró el capítulo vivido. Se trataba de la complicidad de conocer una historia escondida y casi intocada que sólo algunos hemos tenemos el privilegio de saber. Como un secreto del pasado, un oasis escondido que refresca las almas de los que beben de él.

\*\*\*

Comienzan en mi mente las preguntas: ¿por qué es Richard un secreto? ¿Por qué esta historia no se conoce, por qué la historia nacional del arte lo ha ignorado? Es decir, ¿cuántos más, como él, vagan en las entrelíneas de la cotidianidad, de las exposiciones, de las páginas de los libros de historia? ¿Será su costoefectividad en el mercado, o será que la tragedia opacó su pasado? ¿Será la situación política del país y su profunda relación insularista y colonial con la cultura, el raro deseo de aislar el arte puertorriqueño y de reducirlo a “Arte e Identidad”? Porque si eres un artista puertorriqueño debes hablar de Puerto Rico en un carácter muy localista para validarte. En este punto, podríamos cuestionarnos hasta el nombre de la institución que administra de manera oficialista la cultura en Puerto Rico: Instituto de Cultura Puertorriqueña, cuando debería ser sólo Instituto de Cultura.



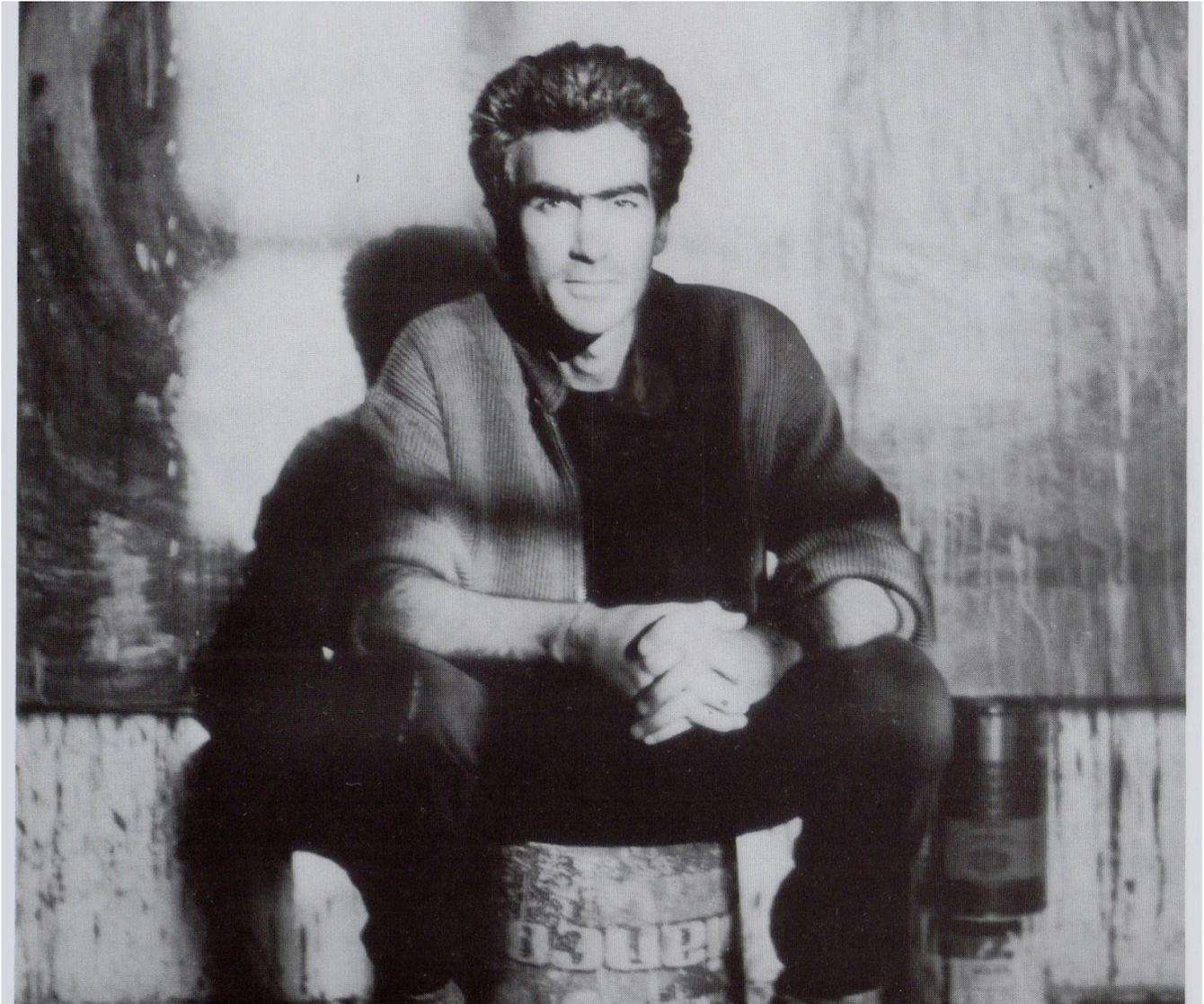
Foto por Giovanni Madrigali del molino/taller de Richard 1988.

Pero al final, son amplias discusiones que poco tienen que ver con el arte, con la poesía y con el acto de crear. La ultrateorización de lo banal.

Sé muy bien que la familia y muchos de los amigos de Pagán han hecho lo posible por mantener viva la obra de Richard. También sé que el Museo de Arte Contemporáneo conserva una hermosa y gigantesca obra de él, la cual se mostró en la retrospectiva titulada *Figuras en fuga*. Pero más allá de eso, ¿en qué libro de historia de arte puertorriqueña lo encontramos? ¿Cuántos libros de arte discuten críticamente la infinidad de tendencias artísticas que componen el arte

puertorriqueño, haciéndole justicia a la multiculturalidad creativa y poética. Fuera del marco colonial. Fuera del discurso trillado de la identidad. ¿Qué cosa es la identidad más que una imagen siempre y necesariamente cambiante?

\*\*\*\*



Richard en su studio de Montichiari frente a una de sus pinturas. Foto: Giovanni Madrigali.

Mi búsqueda sobre la obra de Richard Pagán responde a un llamado profundamente poético en un momento en que Puerto Rico se encuentra gubernamental y financieramente en detrimento. En este momento, cuando el éxodo aumenta por la inestabilidad y la violencia, es imperativo actuar. Generacionalmente hablando, pertenezco a una época en la cual la inestabilidad de la guerra intermitente, del cierre de escuelas y del aumento de los precios en todo resulta

enfermizamente vertiginoso. Un personaje como Richard es indispensable: un soñador, un volador que decidió echar alas azules como Ícaro y llegar al sol.

Tenemos la responsabilidad de escribir nuestra historia, con nuestros personajes y nuestras posturas, exponiéndose al cuestionamiento, para que de ella surja el diálogo profundo y la construcción honesta de un imagen identitaria, de un emblema cultural y colectivo constructivo. Una reescritura que acuchille la enfermedad de sentirnos inferiores por decreto ausente y externo. Con esto sólo pretendo atar cabos de una historia fragmentada, intentando subsanar la experiencia de ir a una biblioteca y no encontrar libros, catálogos o textos con un contenido real que discutan el pasado plástico de nuestro país.

En Puerto Rico, es más fácil documentarse sobre cualquier artista inglés, francés o estadounidense que sobre los artistas que han nutrido el pasado histórico nacional. ¿Dónde puedo encontrar catálogos o libros sobre Olga Albizu o Carmelo Fontánez, por mencionar algunos? ¿Dónde de José Morales? ¿Se trata de economía o de enfoque? En fin, que es muy difícil hablar de cultura en Puerto Rico sin ofender a algunos y sin que lo propuesto no se termine convirtiendo en agenda política institucionalizada.

\*\*\*\*\*

El hombre que llueve -Richard Pagán- ha sido una de las experiencias más radicales que he tenido dentro de mi búsqueda por entender el arte y la posibilidad poética del mismo. En sus obras, los personajes flotan porque seguramente él flotaba y, porque flotaba también, impactó trascendentalmente la vida de los seres que lo rodearon, o de los que, como yo, hemos visto su obra y, a través de ella, hemos podido construir una imagen borrosa de un alma en fuego azul que compulsivamente expedía de su ser poesía ligera, simple y profunda.

La obra de arte es un portal hacia la solución de los problemas que achican la mente en la vaguedad. Entonces, quisiera cerrar con una pregunta: ¿Es posible que la trascendencia de un país pueda ser cargada por un artista que flota sobre lo superfluo de una existencia lapidaria?

Milán y Aguas Buenas 2015-2016